



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)

Juventudes, tecnologías y usos: una exploración descriptiva
Darío Medina
Actas de Periodismo y Comunicación, Vol. 6, N.º 1, agosto 2020
ISSN 2469-0910 | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata

Juventudes, tecnologías y usos: una exploración descriptiva

Youths, technologies and uses: a descriptive exploration

Darío Medina

daromedinaazcua@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-5705-0266>

Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata | Argentina

Resumen

La presente ponencia surge del trabajo de tesis doctoral titulada «Jóvenes y tecnologías digitales. Usos, apropiaciones y sentidos construidos en y desde Almirante Brown, conurbano bonaerense sur» que estoy llevando adelante bajo la dirección de la dra. Victoria Martín y la codirección de la dra. Bianca Racioppe. En ella nos proponemos analizar los procesos de construcción de sentido, los usos y las apropiaciones que construyen sobre las tecnologías digitales de comunicación un grupo de jóvenes del municipio de Almirante Brown. En este trabajo configuramos una descripción densa sobre los territorios y los usos que producen sobre las tecnologías digitales tres jóvenes del municipio.

Palabras clave

Jóvenes, territorio, tecnologías digitales, usos.

Introducción

Buscamos comprender los modos de usos y apropiaciones de las tecnologías digitales y las construcciones de sentido que de ellas se entretajan en territorios y contextos disímiles. Partimos del presupuesto que las juventudes se apropian de las tecnologías de la comunicación de acuerdo a sus trayectorias biográficas, educativas y en articulación con las posibilidades de formación de capital social y cultural. El territorio —junto con otras instituciones— moldea, configura sentidos, modos de uso acerca de las tecnologías y visiones del mundo.

Se trabaja desde una perspectiva cualitativa que recupera la mirada etnográfica para pensar las prácticas y los procesos simbólicos de estos sujetos. El trabajo de campo se basó en la construcción de datos a través de la vinculación con estos sujetos, y con la posibilidad que otorgó los cruces de métodos, técnicas e instrumentos de investigación. Buscamos adentrarnos en el campo desde una metodología que nos permita reconstruir las trayectorias biográficas, los contextos disímiles, las formas de sociabilidad, los usos y las apropiaciones acerca de las tecnologías de la comunicación para configurar una descripción densa (Geertz, [1973] 2003) en un territorio desigual y complejo como es el Conurbano Bonaerense. En este sentido, se utilizaron técnicas desde una perspectiva etnográfica que pueda observar en tiempo y espacio la práctica de los sujetos implicados: sus quehaceres cotidianos en relación a las tecnologías de la comunicación; específicamente aquellas que surgieron o se modificaron a partir de Internet. Realizamos observaciones participantes a jóvenes de 3 localidades del municipio de Almirante Brown: Glew, Rafael Calzada y José Mármol; también les realizamos entrevistas semiestructuradas. Primero, a través de una informante, conseguimos el contacto de Tomás (16) y su familia, ubicados en Rafael Calzada -a metros de José Mármol-. Luego, coordinamos con un referente del Plan Fines 2 que trabaja en la Escuela 62 del barrio de Almafuerte, en la localidad de Glew, una visita y una entrevista con algún o alguna estudiante que esté dispuesta a charlar sobre su cotidianidad en torno a las tecnologías de la comunicación; se ofreció Belén (19), del barrio Kanmar. Por último, gracias a una informante, conseguimos el contacto de una familiar suya, Patricia (17), quien vive en José Mármol y va al Colegio A.L.F.A de Adrogué.

Rafael Calzada, Glew y José Mármol como territorios simbólicos

Almirante Brown es un partido ubicado al sur del Conurbano bonaerense sur, dividido en 12 localidades. Como en muchas zonas del conglomerado urbano «Gran Buenos Aires», si bien algunas estadísticas estatales (Indec, 2015) pueden mostrar alguna homogeneidad en relación a los porcentajes de vivienda, empleo y educación, las realidades sociales están lejos de leerse desde una uniformidad, sino todo lo contrario. Dentro de cada partido hay heterogeneidades marcadas y aunque las experiencias subjetivas puedan reconocerse en otras identidades —de la localidad, del municipio o de otras latitudes de la Provincia de Buenos Aires—, nos interesa analizar las significaciones y los sentidos que le asignan a las tecnologías de la comunicación jóvenes de Almirante Brown de forma situada y contextualizada.

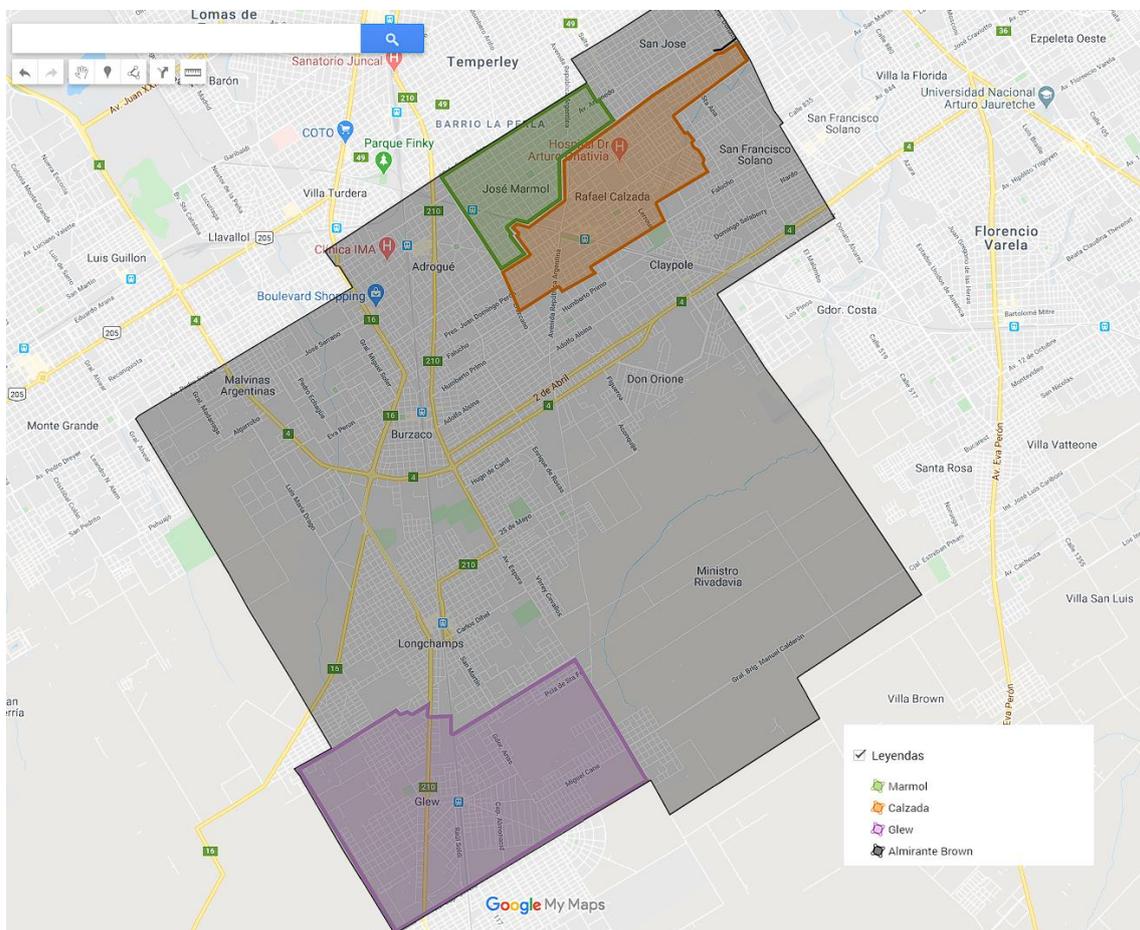


Figura 1. Localidades analizadas de Almirante Brown:
José Mármol, Rafael Calzada y Glew
Fuente: elaboración propia con datos de Google My Maps

En Rafael Calzada, donde vive Tomás, notamos que es un barrio de gente de clase media, media baja. Tienen servicio de alumbrado y limpieza. Calles asfaltadas y arboladas. Los residuos casi homogéneos, de bolsas negras, son recogidos por la empresa de basura a la mañana. Mujeres solas circulaban en las calles alrededor de las 21hs. No había grupos de jóvenes en la vía pública. A dos cuadras de la casa de Tomás se encuentra la Avenida San Martín, es muy transitada ya que une Adrogué y con Quilmes. Vimos varios supermercados chinos y negocios de distintos rubros como mercerías y retacerías, servicios para autos, fábricas de comida, jardines, papeleras, gimnasios, remiserías, kioscos y varias estaciones de servicio. En las esquinas, personas esperando el colectivo. Tomás suele acompañar a su mamá cuando va a comprar por esta avenida. Del centro de Calzada, que son alrededor de tres manzanas, están a seis cuadras.

José Mármol, el barrio de Patricia, es una zona residencial, al igual que el barrio de Tomás; se encuentran a 4 cuadras del centro de Mármol. Bynnon que es la calle principal y cuenta con pocos negocios, colegios, clubes, casas con jardines y colegios, la plaza de José Mármol y la iglesia. La gente se mueve por el barrio principalmente a la tarde y a la mañana, cuando salen a trabajar o a estudiar. Patricia tiene un kiosco al frente y un supermercado chino a una cuadra. Para ir al colegio se toma el colectivo que pasa por la esquina de su casa o va hasta Bynnon donde pasan varios colectivos que se dirigen hacia Lomas de Zamora, Adrogué y Ramos Mejía. Es una zona arbolada de casas con jardines. El camión de la basura pasa a la tarde y los vecinos, de acuerdo a lo que pudimos observar, sacan la basura antes para que los perros y los gatos no rompan las bolsas. Las calles están iluminadas y asfaltadas, algunas, como la de Patricia, empedradas; suele pasar seguridad privada y patrulleros casi de manera continua. La población es de gente adulta con pocas y pocos adolescentes. Casi no se ven niños y niñas por esta zona.

En Kanmar, Glew, muchas casas están a medio terminar y otras están construidas de forma rústica. Lo mismo ocurre en la entrada al barrio, que también la comparten con Almafuerde. La oscuridad está marcada por la poca luminosidad de la calle, con postes de luz instalados de una sola mano y a 30 metros cada uno. Las casas de alrededor son bajas, muchas sin terminar —hay materiales como piedra partida o arena en las veredas y en algunas casas—. Los focos de luz de las casas ayudan (un poco) a iluminar las veredas. Muy pocas casas de un piso o dos. Los colectivos pasan abarrotados de gente en el sentido Estación Glew - Gendarmería, que es el barrio donde termina el recorrido; hay uno barrial o local y otro que atraviesa otras localidades del partido (línea 506). Bastantes autos y gran cantidad de vehículos cero

kilómetro, tanto estacionados como circulando. Cuando llueve, las calles se embarran ya que muchas calles perpendiculares a la principal son de tierra.

Entre brechas, clases y nativos digitales

Los usos de las tecnologías no se presentan de igual forma en los tres casos indagados. Si bien en estas juventudes las tecnologías digitales están presentes cotidianamente, aparecen diferencias en cuestiones de acceso, de capital cultural y simbólico, lo que configuran las primeras brechas entre una misma generación con desigualdades, al margen de habitar un territorio más o menos homogéneo.

Por brecha entendemos la separación que existe entre personas, instituciones, sociedades o países que acceden y utilizan tecnologías de la comunicación — computadoras, celulares, *tablets*, y, principalmente, Internet— cotidianamente y aquellas que no pueden hacerlo, ya sea por no tener o no entender su funcionamiento.

En nuestra breve muestra, en lo que concierne a la infraestructura de los barrios, la brecha constituye de un lado a Belén y del otro a Patricia y Tomás. Entre él y ella, las diferencias son mínimas.

Antes de continuar debemos hacer algunas aclaraciones: en el marco de este trabajo —y de esta futura tesis— pensamos a las tecnologías desde una postura crítica que no las reduzca a meros aparatos o instrumentos, sino que las entendemos situadas en un contexto y en un proceso histórico. Concebimos a las tecnologías como producciones sociales, como artefactos que surgen de acuerdo a un contexto determinado al que modifican y por el que son modificadas. Son espacios de significación y producción, de lucha por el sentido. Son, como sostiene Raymond Williams (1992), instituciones sociales atravesadas por relaciones de poder/saber. Así, desde esta mirada, las tecnologías están cargadas de política, no son asépticas, no son neutrales o transparentes ni se dejan usar de cualquier modo; han atravesado nuestro vínculo con el mundo desde que empezamos a simbolizar; por lo tanto no son una novedad en nuestra existencia (Racioppe, 2015).

En nuestro breve corpus la brecha digital —concepto que ya discutimos en Racioppe y Cánova, 2019)¹ toma fuerza desde la lectura de los recorridos educativos. Por un lado está Tomás, un joven que no lleva el celular al colegio por seguridad y que «siempre» escucha atentamente a los docentes; nunca se llevó una materia y posee

buenas notas. Va a un colegio privado de José Mármol y ya se imagina estudiando en la Universidad Tecnológica Nacional (UTN) algo relacionado con sistemas. Le gustan las computadoras, tanto el *hardware* como el *software*. Le gusta armarlas a su gusto, innovar. Usa editores de foto y video. Su capital cultural está articulado a su personalidad —sumiso, pocas palabras, no sale a bailar, no toma alcohol— pero no se dio naturalmente: la familia ha luchado por este presente, por tener lo que tiene —una casa nueva en Rafael Calzada, a metros de José Mármol y con una hipoteca considerable. Su padre es kinesiólogo y su madre estudia nutrición en la UNLa. En su infancia tuvo una *SEGA Dreamcast*, la consola de videojuegos futurista que perdió terreno rápidamente por la *PlayStation 2*.

Patricia asiste a un colegio privado de Adrogué, la localidad más pudiente del partido; está en el último año y se imagina estudiando Medicina en la Universidad de Buenos Aires. Desde que es pequeña hubo dispositivos digitales en su casa: computadoras, celulares, consolas de juegos, cámaras fotográficas —su madre es fotógrafa, docente y directora de una escuela secundaria; su padre es bancario—. Recuerda que antes había una *Nintendo 64* y luego compraron la *Nintendo Wii* que aún conservan. Vive en la parte sur de José Mármol, a 6 cuadras del centro; un barrio de casas altas y bajas, con todos los servicios y sobre una calle adoquinada.

Por otra parte, Belén está terminando sus estudios secundarios a través del Plan Fines 2 en la Escuela 62 del barrio Almafuerte, en Glew. Le queda a unas 10 cuadras de su casa, en Kanmar (Glew), un barrio de casas bajas a medio terminar. Estudia enfermería en UBA XXI y quiere terminar el secundario para ingresar a la carrera. Estudió peluquería y trabaja 3 veces por semana en un salón de belleza en Lomas de Zamora. Tiene su familia consolidada: es madre de un bebé de un año; está casada y con 19 años ya tiene su propia casa: se la obsequió su hermano antes de irse a vivir a capital, quien se la había dado su padre —delegado de un sindicato de limpieza, ligado a Hugo Moyano—; su madre es ama de casa. Y su marido entró a trabajar como empleado de limpieza por su padre. Repitió quinto año, fue madre y por eso está terminando en Fines. En su casa de origen no siempre hubo tecnologías digitales. Recuerda cuando su hermano iba al ciber a buscar información o cuando ella, aún hoy, va a algún ciber del centro de Glew a imprimir algo. Ha tenido consolas de juegos como la *SEGA Génesis*, en la que jugaban sus hermanos y su madre. Esta consola aún la tienen y sus hermanos pequeños la utilizan; es de una tecnología largamente superada. Tiene una computadora en la casa de sus padres pero está guardada.

Acerca del teléfono celular

No es ninguna novedad sostener que el teléfono celular es hoy una parte constitutiva de las juventudes argentinas, casi como una extensión de sus cuerpos, en términos de McLuhan (1996), aunque no compartimos su cosmovisión acerca de las tecnologías ya que nos posicionaría en el lado determinista del debate tecnológico-comunicacional. Entendemos que las tecnologías digitales no *hacen cosas* con la gente sino que son ellas, ante un contexto y una historia determinada, las que las decodifican y apropian. En nuestra investigación —en relación con nuestros preconceptos—, el teléfono celular es una pantalla que no discrimina por clase, género, edad o localización geográfica. Tomás, Belén y Patricia lo usan cotidianamente. Vale aclarar que la categoría *teléfono celular* es un tanto extensa para intentar dar luz a algunos de estos fenómenos por lo que deberíamos separar, entre otras cosas, por el tipo de teléfono: gama baja, media o alta ya que entendemos que el dispositivo, la interfaz, determinan tipos de uso y no otros.

El caso de Tomás es particular. Su casa está ubicada a 2 kilómetros del colegio al que asiste. Su padre lo lleva a la mañana y a la tarde se vuelve en colectivo, camina 2 cuadras y llega a su casa. Por seguridad, no lleva el celular a clases. Es un teléfono de gama media baja por lo que el peso estaría en el hecho de inseguridad más que en la pérdida del bien, al margen de que tiene un lugar predominante en su cotidianidad. No obstante, se siente «normal» al estar sin su teléfono en el colegio.

Nunca requerí el celular para hacer algo. No me acostumbro a usar el celular en clase, inclusive me incomoda usarlo porque no soy de los que chequea el celular cuando la profesora está hablando, siempre presto atención a eso. Por ejemplo, cuando hay horas libres, ahí sí falta. Todos están con el celular y yo, que no lo traje, aprovecho para hablar con mis amigos (que ellos sí traen el celular) así que a veces me quedo ahí, aburrido, pero bueno (Tomás, 16 años, Rafael Calzada).

Durante la entrevista, su teléfono estaba al lado y no lo chequeaba. Tampoco sonó. Dijo que no es de chequearlo demasiado; sin embargo, cuando llega del colegio una de las primeras cosas que hace es chequear el celular. «Cuando llego, estoy un rato con el celular, reviso algunas cosas», dijo Tomás al preguntarle por la configuración de un día común en su vida.

Es interesante resaltar que cuida el saldo del mismo, ya que «casi nunca» los usa porque en su casa tiene *wifi* y cuando sale, generalmente a la casa de algún amigo, usa la red *wifi* de allí. Su uso tiene que ver con mirar videos, mandar mensajes y revisar algunas redes sociales digitales; usos más bien impuestos por el mercado, la

familia o sus pares; aunque la novedad es la no portabilidad en la escuela, en ese espacio que se erige como «lo que debe hacer» según sus padres, quienes también lo ven como muy enfocado, con decisiones ya tomadas a temprana edad en torno a los estudios universitarios y lo comparan con sus hermanos quienes están más en «la joda». Que el celular se quede en casa, más allá de la inseguridad —algo que ha hecho hincapié y percibe que su nuevo barrio es más seguro—, da cuenta de un posicionamiento de Tomás que no se ajusta a los cánones de las juventudes de su generación.

Belén, en cambio, tiene otras experiencias, otra vivencia y encuentra pocos puntos nodales para articularse con Tomás. En su casa, el *wifi* llegó en el 2015 por pedido de su hermano mayor, ya que se le dificultaba ir al *ciber* a buscar información para la facultad. Aprovecharon e interpelaron a su padre con el discurso de que todas y todos podían estar conectados desde sus celulares. Aparece una primera equivalencia: Internet = celular. Si bien la familia ha tenido celulares desde su masificación a los sectores populares (2003-2006), no ha sido para todos y todas las integrantes. Su madre era quien portaba los primeros teléfonos y luego se iban pasando hacia sus hijos e hijas.

A mi mamá le encanta. Le pide a mi papá el último celular, siempre. Y así nos lo van pasando. Mi papá no tiene, es anti celular. Él anda y dice «a mí, esperenme llegar». No quiere aprender, no le interesa (Belén, 19 años, Glew).

Ella tiene celular y su marido también. Esta tecnología le permite conectarse con su familia, sus amistades y sus compañeros de escuela. También le permite movilizarse menos ya que le escribe un mensaje por *WhatsApp* a su madre si necesita algo en lugar de golpearle la puerta, aunque viva al lado. Algunos de los usos que configura sobre esta tecnología digital son, más bien, hegemónicos: revisar redes sociales, enviar mensajes por *WhatsApp*, escuchar música, leer. Y hay otros que no le escapan a lo hegemónico pero que se resignifican al ser apropiados en el contexto en que vive Belén: la lectura de artículos en PDF sobre medicina —que se los pasa su hermano— y la compra por Internet.

Por otra parte, la relación de Patricia con su celular va más allá del uso cotidiano y continuo. Ella vive su vida a través de esta pantalla, la constituye completamente, aunque no es meramente una mediación. No es que no tenga otros dispositivos digitales —los tiene, aunque no son propios sino familiares— sino que la elige por comodidad, accesibilidad, lenguaje y tipo de uso. Asimismo, su lugar de enunciación se configura a partir de la práctica con el celular, de los discursos que circulan en

Twitter o en un grupo de *Facebook* que administra: «Estoy con el celular todo el día, literalmente».

Pasar tiempo con el celular implica divertirse, socializar, controlar, manejar el cansancio que produce el colegio y sus respectivas tareas diarias. El celular de gama media alta le permite realizar más procesos simultáneos pudiendo pasar de una aplicación a otra en milésimas, lo que configura una buena experiencia con la interfaz ya que también se divierte con juegos —algunos pesados, otros no—, especialmente los fines de semana.

Internet ha posibilitado que conozca el *K-pop*, un estilo musical proveniente de Corea del Sur en el que se mezclan varios géneros y están mayormente compuestos por *boy band*. Conocer, hablar y debatir sobre estas bandas es lo que le da sentido a sus prácticas cotidianas; esta pantalla no es un mero transmisor de información sino el lugar que posibilita el consumo cultural y el debate acerca de los mismos. Y también el uso del celular se constituye como parte del ocio, pero un ocio ligado a lo lúdico, a los juegos, no a las discusiones de *fandoms* en *Twitter* o a administrar el grupo de *Facebook* con más de 60 mil seguidores; allí defiende una postura política, una forma de ver el mundo.

Consideraciones finales

En estos tres casos, los usos del teléfono celular son distintos. Tomás no lo lleva al colegio y para Patricia sería imperdonable olvidárselo. En cambio, Belén lo utiliza en momentos específicos más vinculados al ocio o a la dispersión, al margen de enviar o responder mensajes de *WhatsApp*. Hay una articulación interesante entre Patricia y Belén en relación a sus capitales culturales y económicos y su ubicación en el territorio: si bien existen desigualdades de clase y de acceso a las tecnologías digitales, para ambas el celular se constituye como la única pantalla indispensable y por la que pasa su cultura digital.

Desde que tiene memoria, tuvo Internet y puede utilizar la PC *Gamer* del hermano o la *notebook* de la madre —o la computadora de escritorio del *living* que comparte con la hermana—, sin embargo usa el celular, al igual que Belén, quien elige ante menos posibilidades: tuvo Internet wifi en 2015 tiene una *Tablet* pero está guardada hace un año y en la casa de su familia de origen la Pc de escritorio también está guardada. Para Tomás, este dispositivo no se erige como indispensable, más bien es la

computadora la que no podría faltar. Y no tiene que ver con el tiempo de uso, sino con que hoy, uno de los sentidos de su vida pasa por los significantes en torno a *lo gamer*.

Referencias

Geertz, C. (2003) [1973]. *La Interpretación de las culturas*. Barcelona, España: Gedisa.

INDEC (2015). Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010, procesado con Redatam+SP. Buenos Aires. Recuperado de <https://goo.gl/mDbem7>

Mc Luhan, M. (1996). *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*. Madrid, España: Paidós.

Racioppe, B. (2015). Cultura libre y copyleft. Hacia una redefinición en la manera de entender la producción artística (Tesis doctoral). Recuperado de <https://goo.gl/etsqnn>.

Racioppe, B. y Cáneva, V. (Coords.). (2019). *(Re)pensar la comunicación digital. Antecedentes teóricos, experiencias e imaginarios*. La Plata, Argentina: Edulp. Recuperado de <https://doi.org/10.35537/10915/80859>

Williams, R. (1992). Tecnologías de la comunicación e instituciones sociales. En Williams, R. (Ed.). *Historia de la comunicación* (pp. 181-210). Barcelona, España: Bosch.

Notas

¹ En este artículo problematizamos la noción de brecha entendiéndola como constitutiva de lo humano, de lo social. La brecha digital no hace más que maximizar brechas sociales preexistentes y su análisis debe ser múltiple: por usos, por ubicación geográfica, por conocimiento, por contexto.